

Del sílex al Labris

Antaño no teníamos herramientas; habíamos de conformarnos con rudimentarios utensilios dignos de la edad de piedra; no disponíamos de información, ni de recursos, ni de complejas metodologías, todo era simple, tan simple como coger una piedra y golpearla contra otra. Así, un día, un nuevo material, el sílex irrumpió con fuerza en el desarrollo de la era moderna, con un utensilio hecho de un material, que aunque se asemejaba a la dura piedra, se podía tallar para permitir cortar y despiezar los alimentos con mucho menor esfuerzo; ello dio paso a poderlos almacenar y distribuir mejor.



Los alimentos eran la base de la supervivencia y el sílex se convirtió en una herramienta imprescindible para manipularlos. Hoy en día seguimos usando cuchillos metálicos, que no distan tanto en funcionalidad ni en diseño de aquellos primitivos ajueres de hace veinte mil años.

Hoy en día, la oscuridad de las cavernas se ha convertido en una cálida habitación rodeada de elementos arquitectónicos y complementos para nuestro bien estar, pero poco hemos evolucionado en el uso del sílex; seguimos empleándolo para cortar y despiezar carnes y pescados. Hoy en día sin embargo disponemos de otras herramientas que incluso usamos peor, o como mínimo, mucho menos; me refiero a las herramientas psicológicas, a los utensilios capaces de despiezar malentendidos, conflictos y situaciones cuando menos comprometedoras.



Seguimos con el hacha de sílex, somos capaces de enfadarnos, discutir, molestarnos, juzgar, pero en pocas ocasiones nuestro juicio y discernimiento se emplea en aclarar las desavenencias; más allá, no sólo deberíamos conformarnos con aclarar las situaciones actuales sino mucho más las pasadas, sede de verdaderos conflictos ocultos; el uso de nuevas herramientas

se hace necesario y con ellas ciertas cualidades como el valor, la paciencia, la tolerancia, el conocimiento y un largo etc. que de no usarlos muy a menudo olvidamos que poseemos.

Nuestra 'hacha psicológica' está perdida en el mundo del olvido; ni siquiera sabemos que disponemos de ella, hacemos argumentos pero no los resolvemos; realizamos hipótesis que no nos atrevemos a comprobar, elaboramos elucubraciones que ni siquiera contrataremos nunca, echamos a volar la imaginación pero rara vez aterrizamos para manifestar nuestros deseos, nos conformamos con que otros disfruten en nuestro lugar mientras ocultamos nuestros instintos y necesidades. Nuestra hacha está caduca, enterrada no sabemos dónde y lo más grave, ni recordamos que disponemos de ella. El hacha es la guerra, sí, pero lo es para contra los egos que nos aprisionan y contra la oscuridad que nos atenaza, oculta en la sombra. El hacha es un elemento imprescindible para el **guerrero**, para evitar que se quede dormido, para defenderse del aburrimiento, de la nostalgia, de la desesperación y de un sin fin de formas que ocultan su Luz, de formas que le rodean sin que se de cuenta, como hace la oscuridad, que te vuelve a atrapar con su mejor cualidad, 'sin que la notes'.

Recoger el derecho intrínseco del que dispone el guerrero para hacer buen uso de su hacha es un seguro contra los cánticos de sirena, contra las dosis diarias de dormidera, contra su propia ignorancia y contra todo aquello que le aleje un centímetro de la voluntad libre y consciente.

El Guerrero emplea su hacha, corta las cabezas de sus egos y observa cómo resplandece la Luz que Es. Que, ¿hacia dónde se dirige?. Muy fácil, eso es lo más sencillo, 'allá donde ve aparecer sus miedos'. Qué fácil. Ante todo aquello que teme, saca el hacha y se contempla a si mismo caminar en pos de su propia Justicia, desarrollando los valores que siempre ha mantenido en potencia y desembarazándose de



todo aquello que prisión era para él, emprendiendo el Camino que representa ser uno mismo.

El hacha es la representación de la Libertad y bien usada es el símbolo del deseo de alcanzar el centro del laberinto, como en el mito de Ares-Dionisos, quien usando ese hacha o labris para luchar contra la oscuridad que le rodeaba llegó a descubrir que también se estaba 'tallando' a si mismo; de ahí la razón del doble filo de esta herramienta, porque lo que hacemos hacia afuera también lo estamos dirigiendo hacia el interior, y entre lo uno y lo otro, está el centro ausente de dualidad, deseado, ansiado, imaginado y escasa veces alcanzado.

Desear labrarse es invertir hacia la mejora, pues nos corrige de los defectos diarios que vamos asumiendo en la inercia de lo cotidiano.

El camino del labris es directo, continuo, solitario, lleno de crisis y conflictos, pero se transforma a su vez en simple, verdadero y muy liberador. El guerrero no quiere nada del entorno, realmente no, aunque lo parezca, parece que quiere transformar a otros: nada más lejos de la intención, pero bien sabe que de esa forma él no olvida quien es. El camino del labris es el camino del guerrero consciente, a menudo no sabe por qué hace las cosas, pero observa los resultados y contempla los cambios; responde a la primera motivación, esa que si la desoyes no te deja dormir, esa consciencia emergente que te induce a actuar, hablar o a gritar; todo puede cambiar si la ejerces, y el guerrero lo sabe, todo pueda dar un giro imprevisto si la ejecutas, y él es consciente, y se arriesga porque como un drogadicto se siente atraído por la droga del resultado, por el cambio inmediato, por el responder del otro, por ver una pizca de evolución, en definitiva tan solo quiere contemplar en el otro la Luz que sabe que Es, de manera que también se recuerda a si mismo la misma Luz que él contiene.



Emplear el labris conlleva a girarse sobre uno mismo, para contemplar el resultado de los actos y de los no actos, de las palabras y de los silencios; supone implicarse con el otro tanto como quieres implicarte contigo mismo; es imposible conocerte sin conocer al otro. No sabrás lo que te pasa si no sabes lo que le pasa a tu hermano. No sabrás quien eres hasta que conozcas al desconocido que tienes enfrente. No puedes caminar sólo, porque



perderás tu propio rastro.

El labris te permite forjar tu propio mundo, labrar tu oscuridad hasta dar con la luz que se esconde detrás, como un buscador de piedras preciosas haría, es muy similar. Saber que está ahí y que tarde o temprano hallarás una pepita que te animará a seguir. Con el labris puedes crear tus propios destinos; cuando hayas encontrado y preparado los primeros recintos, el Alma hará su aparición para ayudarte a completar las estancias para Su Llegada. El labris es una herramienta para destruir la oscuridad que eres, para crear un espacio donde puedas respirar libre y para hacerte comprender tu verdadera naturaleza, la de la Luz primigenia, la de la Libertad y la Verdad, la del Amor y la Compasión, junto a la Justicia y la Disciplina, la del Orden como equilibrador del Caos, la de la Fusión y la Fisión, la de la Alquimia y la Sublimación, la de la Elevación y el Descenso, la de la Unión como meta final ajena a todo propósito.

¿Quién quiere usar el Labris?

El laberinto obviamente no es otro que tu propio cerebro y en el centro hallarás a la pineal, sede de la conexión con quien eres y sede de la voluntad de ser quien quieras ser. El territorio a labrar, todo aquél que muestre síntomas de dualidad, es decir, lo que tocas, ves, oyes, sientes, hueles y un largo etcétera que por descubrir tienes.